

Zambeze construídas cuadradas y con paredes de limo al estilo portugués. Un sitio frondoso emplazado en un extremo de la aldea (*baolo*) sirve de lugar de consejo para los habitantes de la misma. Cerca de la aldea y en algún paraje de difícil acceso ó rodeado de empalizadas, suele haber un lugar de refugio, en el cual se encuentran compartimientos para las provisiones. Las devastaciones causadas por las enfermedades ó por la muerte son causa de que con frecuencia cambien las aldeas de emplazamiento, pero estos cambios han ocurrido con mayor frecuencia en las últimas décadas por causa de la guerra, habiendo sido aquéllas trasladadas á los puntos más inaccesibles. Young vió en el Nyassa aldeas construídas sobre estacas y compuestas de cien cabañas levantadas en una sola plataforma, y Livingstone refiere lo siguiente: «Cuando descendíamos el Schire, encontramos en el ancho cinturón de papyrus que rodeaba el lago Pamalombe (formado por el mismo río al ensancharse) una porción de familias manganjas que habían sido expulsadas de sus residencias por las invasiones de los ajawas. El papyrus crecía tan espeso que con sólo apretarlo sostenía sus pequeñas cabañas, á pesar de que cuando algún individuo lo pisaba para ir de una choza á otra, bajaba y subía cual si fuera una delgada capa de hielo. Entre estas viviendas y la tierra firme se extendía un bosque espeso é impenetrable de papyrus, y á buen seguro que nadie hubiera adivinado que allí vivían seres humanos.» En cuestión de limpieza, las aldeas manganjas ofrecen gran variedad, habiendo observado Livingstone en este concepto una gran diferencia entre los habitantes del país montañoso y los del país bajo del lago Nyassa: de estos dos países, en el primero «se notaba una suciedad desmedida, mientras que en el segundo multitud de hombres y de mujeres se bañaban diariamente en agua corriente.»

Los manganjas además de hábiles agricultores son hábiles industriales, pues fabrican multitud de azadas, cuchillos, anillos y puntas de lanza y de flecha, siendo estos objetos, especialmente las azadas, los artículos de comercio de más circulación. Así como estas tribus emplazan sus hornos de fundición con preferencia en los hormigueros, siendo muy frecuente ver hornos y montones de escorias de mineral abandonados en el país del Oeste del Nyassa, los matumbokas de la orilla occidental de éste tienen en cada tres ó cuatro aldeas un horno de arcilla en forma de botella de 2 metros de alto por 1 de ancho que sirve para fundir el hierro. Los maschewas son los que trabajan el hierro con mayor perfección. «Aquí se encuentran seguramente en plena edad de hierro,» dice Livingstone en su descripción. Los manganjas consideran el cobre como difícilmente fundible, lo cual se debe probablemente á que para fundirlo se sirven principalmente de la malaquita. A juzgar por el hecho de que con frecuencia los herreros son los jefes del pueblo, puede deducirse que este oficio es muy respetado. Además de esta industria, está considerablemente extendida, así en el Schire como en el Nyassa, la de hilar y tejer el algodón; esta última operación se hace en un telar igual á los que se usan en los territorios del Este del Africa. En el lago Schirwa, la alfarería trabaja en gran escala: los cacharros se fabrican con las manos y se adornan por medio del molibdeno que se encuentra en las cercanas colinas. Esta población se dedica también con habilidad y asiduidad á tejer cestas impermeables, esteras de las que cada cabaña suele tener algunas, y redes para las cuales se emplean principalmente los hilos de buazé (véase pág. 261): asimismo se dedica, en la orilla Oeste del Nyassa, á fabricar una tela de corteza que se hace con la del árbol de la goma.

Todos estos productos de la industria indígena, géneros

de hierro, sal, pescado, redes y cacharros, constituían antiguamente las materias objeto del tráfico mercantil, pero este comercio quedó muy pronto postergado á la trata de esclavos que, con los medios y las consecuencias mencionadas, hacían los portugueses en el Schire y en Zambezé y aun más activamente los árabes desde Rovuma. Como las guerras entre manganjas y wayaos venían á degenerar en cazas de esclavos, en las que los primeros resultaban ser las víctimas, el comercio indígena perdió considerablemente, pues el país se vió invadido de productos europeos. Según Livingstone, subsiste todavía una actividad mercantil animada é independiente entre las mujeres de los manganjas del Oeste ó basengas.

El carácter de las relaciones políticas de los manganjas es el fraccionamiento. No hay entre ellos un jefe ni para el conjunto de tribus ni para las ramificaciones de éstas, siendo los caudillos de las aldeas los únicos representantes de la organización política, los únicos poderes allí existentes. En el Rivi-Rivi, que desemboca en el Schire, encontró Livingstone una división de todo el país en distritos, división hecha con relación á la bondad del suelo y que se extiende á ambas orillas, desde las fuentes de aquel río hasta su desembocadura. Por regla general, únicamente se considera como propio el terreno cultivado, lo demás es reputado sin dueño: los maravis de Tete reconocieron voluntariamente el derecho de los portugueses sobre algunos trozos de este territorio, derecho adquirido hacía tiempo pero no utilizado. Prescindiendo de las correrías de los yaos, la historia moderna de los manganjas ha consistido en luchas é intrigas de pequeños caudillos en las que también anduvieron mezclados los tratantes de esclavos árabes ó portugueses. Y si bien estos caudillos no ejercieron sobre los extranjeros las depredaciones que tan comunes son entre sus vecinos y afines de tribu los banyais, puede afirmarse que sólo la necesidad les hizo ser virtuosos. La poca fuerza de que esos pequeños caudillos disponían hizo que se negaran á recibir á los extranjeros á fin de sustraerse á las exigencias que éstos pudieran formular y de no darse á conocer hasta que todo temor hubiese quedado desvanecido, y algunos no consentían extranjero alguno en sus aldeas. Quizás sus propios compatriotas los hubieran estimado en muy poco á no haber sido los manganjas un pueblo tan leal y cortesano. No hay ningún caudillo, por impotente que sea, que al penetrar en el *baolo* no escuche las salvas de aplausos de sus súbditos. Estos soberanos compran á los wayaos una porción de estos leales vasallos pagando por cada uno de ellos de 2 á 4 varas francesas de tela. La dignidad de caudillo es hereditaria en línea directa y sólo en caso de duda es preferido el sucesor de la hermana del caudillo.

Nada tiene de extraño que este pueblo sea desconfiado: á muchos pueblos naturales puede aplicarse lo que dice Livingstone hablando de los manganjas de la orilla occidental del Nyassa, á saber, que conocen perfectamente los ríos y sus afluentes, pero muy mal á los habitantes de los mismos: la naturaleza es neutral, al paso que los hombres casi siempre son recíprocamente enemigos. Pero de todos los pueblos indefensos y continuamente hostilizados, ninguno puede sentirse menos tranquilamente equilibrado que estas fracciones aquí y allí esparcidas del pueblo manganja puestas entre los bandidos que en sus dominios se introdujeron (en el país de los wabenas, al Norte del Nyassa, todas las alturas estaban ocupadas, en tiempo de Cotterill, por los rapaces makankas que amenazaban constantemente á los habitantes de los valles) y los mercaderes de esclavos, es decir, puestos entre el martillo y el yunque. Por excepción una de las tribus menos oprimidas era, en tiempo de Li-

vingstone, una que gobernada por una mujer llamada Nyan-go, habitaba en el alto valle del Schire, en donde, según se decía, las mujeres ocupaban en general una posición más elevada que en las tribus gobernadas por hombres. Por lo demás, la condición de la mujer no está entre los manganjas del todo desprovista de influencia, lo cual depende quizás del número relativamente escaso de ellas que se nota en ese pueblo, á quien las rapiñas de sus enemigos y de los tratantes de esclavos arrebató las muchachas jóvenes. La mayoría de los 20,000 habitantes que según cálculos de Young (1875) son arrancados anualmente del país del Nyassa, se compone de mujeres y de niños.

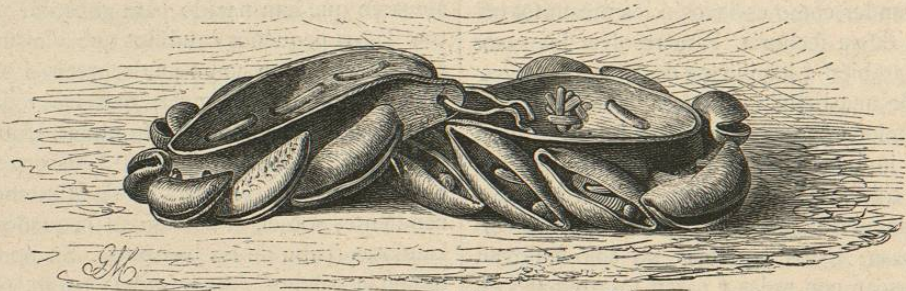
El trato de los manganjas entre sí, así el familiar como el social, es en alto grado cortés: este pueblo tiene, como las otras tribus del Zambezé, la rara costumbre de picar de manos cada vez que dos ó más individuos se encuentran, se saludan, se sientan y entablan conversación. Para decir que sí, levantan la cabeza. El caudillo es el juez y se asigna el derecho de vender como esclavos á los presuntos criminales en castigo de su fechoría. Para resolver los casos dudosos, se apela también á los juicios de Dios, que se verifican por medio de una bebida venenosa llamada *muave*.

Livingstone menciona con el nombre de bademas á un pueblo compuesto indudablemente de manganjas diseminados de cualquier tribu, del cual dice que habita más abajo de los manganjas meridionales distribuidos por las cercanías del Kebrabasa. Estos bademas no sólo cultivan campos sino que pescan con redes y cazan los animales en los desfiladeros rodeados de espesas redes de baobales, árboles que se encuentran en su país. Como cualidad especialmente característica en ellos podemos señalar la desconfianza que sienten hacia los extranjeros. Viven, según parece, sujetos á cierta dependencia de los manganjas, lo cual vale tanto como decir que éstos los saquean con bastante regularidad. Muy afines á los manganjas son los banyais (Chapman los denomina banabias) que habitan en la orilla meridional del Zambezé y que, á su vez, se fraccionan en pequeñas tribus con nombres especiales, á las cuales pertenecen, entre otros, los bambiris, tantas veces mencionados como tribu con existencia propia. Sus residencias se extienden desde la desembocadura del Kafue hasta Tete y como Livingstone encontró en Zumbo gentes que practicaban el tatuaje por medio de cicatrices en la nariz y en la frente y que llevaban el pelele, gentes á las cuales clasificó entre los maravis, de aquí que los banyais guarden, al parecer, á manera de retoños del Sud y del Oeste, cohesión con los pueblos afines del Nyassa. Los eschidimas de Tete son también banyais y corresponden probablemente á éstos los banajoas que Livingstone encontró en 1850 en el bajo Mababe y á los cuales llama «una tribu que se extiende hacia el Este.» Estos banajoas vivían en cabañas de estacas y fueron agricultores. Chapman asegura que á esta tribu pertenecen algunas aldeas situadas en la misma comarca, cuyos habitantes llamados banabias llegaron de la orilla meridional del Zambezé. Estas tribus pagan tributo á los bamangwatos. El color de los banyais es con frecuencia un moreno claro; por esto y por su hermoso y robusto cuerpo son considerados por los portugueses como uno de los más bellos pueblos del Africa. Sus mujeres usan el pelele que suele ser pequeño y de estaño: también se hacen una mella en los dientes delanteros superiores. Son excelentes agricultores, trabajadores de hierro y buscadores de oro, y no dejan de ser un tanto belicosos, por lo cual entre ellos no son raros, además del gran arco y de las flechas envenenadas, los fusiles. Sus cabañas están á menudo construídas sobre estacas. El rasgo más notable de su modo de ser es

indudablemente su constitución política especial, tanto más interesante cuanto que sus compañeros de tribu que habitan al Norte y al Este de ellos, han perdido en punto á política su idiosincrasia y su independencia. Estos pueblos viven bajo una especie de feudalismo republicano: el caudillo es elegido entre los individuos de la familia de su antecesor, teniendo los descendientes de la hermana del caudillo difunto un derecho de preferencia sobre los descendientes directos de éste. El período, á veces largo, que media entre la muerte de un caudillo y la elección del nuevo es un período de ilegalidad completa, durante el cual los comerciantes extranjeros, sobre todo, son considerados como proscritos. El nuevo caudillo recibe todo cuanto era propiedad del anterior, incluso las mujeres y los hijos. Los hijos de los caudillos y sus parientes no pueden, empero, ser vendidos como esclavos. De este extraño orden de sucesión resultan muchas contiendas, sucediendo con frecuencia que los hijos del último caudillo abandonan la aldea en que han nacido para gobernar en una nueva patria. Estos pequeños caudillos que á lo sumo gobiernan dos aldeas, reconocen como jefe supremo á uno de entre todos ellos elegido, que es quien resuelve todas las cuestiones que surgen respecto de las fronteras. Uno de estos jefes supremos fué el famoso, gracias á su oro y á lo que de él cuenta la leyenda «emperador de Monomotapa,» cuyos descendientes son en la actualidad pequeños caudillos de los katolosas (tribu de los bambiris). Su nombre Motape junto con la palabra *Mono* (*moene, mana, etc.*), es decir caudillo, dió origen á este nombre tan inmerecidamente ilustre que en otro tiempo, y en mapas y libros llenaba la mitad del Africa interior. Aun en la actualidad los portugueses pagan al caudillo de los katolosas un tributo por el comercio que hacen al través de su territorio, sin que esto les exima de pagarlo también á los pequeños caudillos. Este tributo se exige con gran descaro en las comarcas que se extienden inmediatamente arriba de Tete. Aquí volvemos á encontrar á las mujeres en situación más considerada, que á menudo se traduce por autoridad sobre el hombre, los niños y la existencia doméstica.

La unión entre las tribus que habitan el Nyassa y la población muy mezclada de las costas la vemos constituida por algunas tribus que habitan el país remoto de Quelimane, Mozambique y Kilwa, y que han sido diezmadas por las rapiñas de los cafres del Sud, habiéndose visto reducidas á establecerse en un territorio más pequeño del que antes ocupaban. Puede asegurarse, en cuanto permite hacerlo la influencia que la caza de esclavos y el tráfico mercantil con la costa han ejercido en tales tribus, que éstas están íntimamente unidas con las del Nyassa. Los mweras parecen haberse extendido hace 50 ó 60 años mucho más hacia el Sud de lo que actualmente lo están, quizás hasta Rovuma, más allá de Masasi. Los indígenas hablan de una gran guerra, en la cual esta tribu fué derrotada y hubo de retroceder, siendo probable que este resultado se debiera á las repetidas incursiones de sus vecinos del Sud. Por el mismo motivo hubieron seguramente de retirarse los makúas que habitaban más extensos territorios al Sud de los mweras. Ciertamente su población es más numerosa que la de sus vecinos del Norte, pero su poderío, bajo el actual gobierno de Abdalla Pesa (así llama á su caudillo el misio-nero Maples, de Masasi, en su memoria de 1879), dista mucho de ser el de que podían alabarse hace algunas décadas. A pesar de esto, todavía dominan en un espacio que abarca 5 grados de latitud y otros tantos de longitud en la orilla del Rovuma. Ciertamente existen algunas subdivisio-

nes ó ramas de los makúas dentro de este espacio (O'Neill los divide en cuatro grupos principales, á saber: makúas del Este, lomwes, medos y manas) que se diferencian por un tatuaje especial, pero es común á todas ellas una cicatriz en forma de media luna en la frente y además un idioma que en estos últimos 30 años se ha conservado invariable y cuyas diferencias dialécticas son de escasa importancia. Lo que más ha debilitado á los makúas en los últimos años han sido las invasiones de los wayaos (yaos); habían aquéllos concedido en un principio á éstos, que en pequeño número fueron á establecerse allí huyendo de la opresión del gobierno de Makandschila, algunos terrenos, reservándose, empero, su derecho de propiedad sobre ellos, del mismo modo que se lo reservaron respecto de los que concedieron á la estación de misiones inglesa de esclavos libertados, de Masasi; pero los yaos, gracias á su astucia y su impudencia, supieron pasar poco á poco de la situación de gentes sólo



Cascabeles de carraca de los wayaos, para expulsar al demonio. (Museo para Etnografía, Berlín) - 1/3 de su verdadero tamaño

pueblos existe, resulta que casi todos los makúas hablan el yao y muy pocos son los yaos que hablan el makú.

De naturaleza casi legendaria es el pueblo de los mavias (derivado quizás de Maviti) que habita al Sud del Rovuma en los territorios no explorados que se extienden entre la corriente central de este río y la costa de Mozambique. El misionero Maples, en su viaje por el país makonde, llegó muy cerca de ellos, adquiriendo noticias de los mismos en las últimas aldeas makondes situadas al Sud del Rovuma. Allí le describieron á los mavias como habitantes de las montañas que, en su propio país, andan desnudos, poniéndose únicamente un delantal de cuero cuando se dirigen á los territorios de otras tribus: también le dijeron que eran muy inhospitalarios, llegando á negar toda comida y toda bebida á los extranjeros, y que formaban una verdadera tribu cerrada para todo elemento extraño. Mujeres y hombres llevan el repugnante pelele.

Para completar la descripción de los pueblos que habitan en el Nyassa y en sus afluentes, réstanos hacer mención de algunas pequeñas tribus que viven resguardadas por las montañas que hacia el Norte rodean el lago. En el país de Kondi, situado en el ángulo Noroeste del Nyassa (que Elton confunde con el Utschungu situado al Sud del mismo) que está rodeado de abruptas montañas de 2,000 á 2,500 metros de altura y abierto únicamente por el Este, la población se compone exclusivamente de wakingas que, á consecuencia de discordias intestinas, descendieron de las montañas. Desde sus fronteras occidentales comienza la escarpada pendiente que conduce al elevado territorio de Nyika, comarca muy montañosa y muy accidentada, con poco cultivo y con algunas praderas, lo cual hace que los pocos habitantes críen cabras y en algunos puntos bueyes. La población la forma un pueblo montañés atrevido y rudo que vive sin ninguna cohesión política: cada pequeño cau-

toleradas á la de señores. Descríbese á los makúas como un pueblo dotado de excelentes cualidades, amante por regla general de la verdad, animado de enérgico sentimiento de familia y de respeto hacia sus mujeres y sus hijos; pero es al propio tiempo un pueblo torpe y apegado al terruño, por más que en punto á aplicación en nada ceda á los yaos, los cuales son casi todo lo contrario de los makúas, á saber, mentirosos, inmorales, poco considerados para con sus mujeres, á las que tratan como propiedad común, y en su consecuencia poco amantes de su familia, activos y aficionados al nomadismo. Su gobierno no es el gobierno patriarcal de los makúas, sino que tiene algo de despótico, lo cual no hace que sea más fuerte ni más eficaz. En la actualidad todavía miran con desprecio á los makúas que comen ratones cuando ellos se niegan á comer la carne de cerdo y en especial de los animales que no han sido muertos conforme á ley. Del antagonismo de carácter que entre ambos

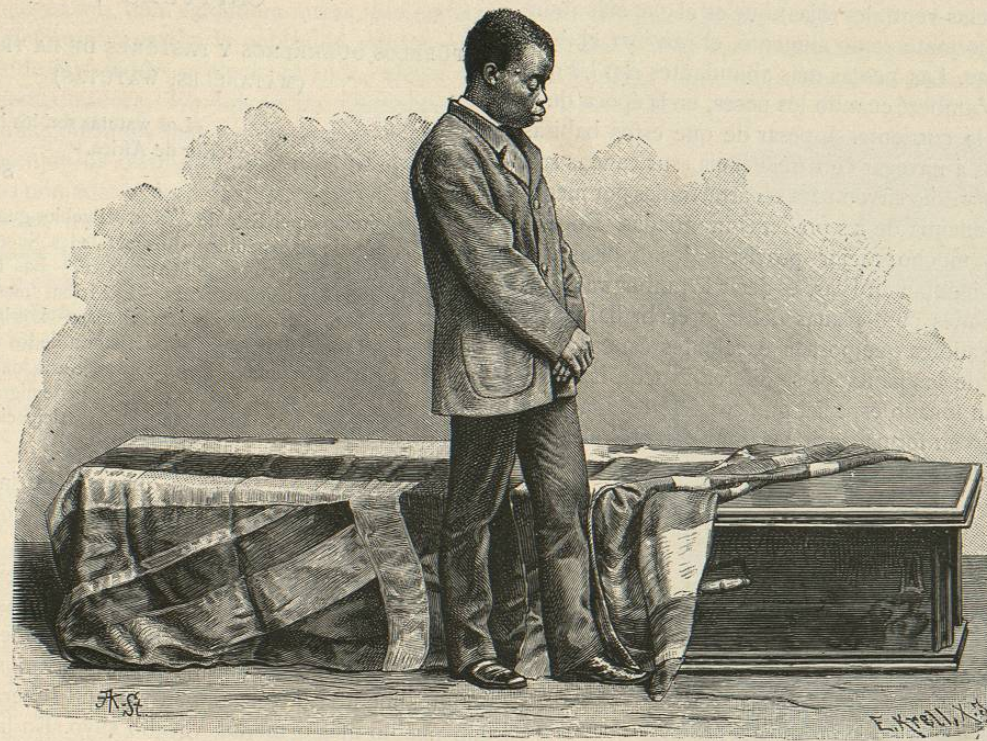
dillo de aldea es el rey de la misma y él solo decide sus contiendas con los mereres que incesantemente saquean su territorio. Al otro lado del monte Tschingambo continúa el país Inyamwanga, poblado de bosques que dejan lugar á pocos huecos, con un pequeño caudillaje, cuyo soberano, á pesar de su insignificancia, se mostró con Thomson tan altanero como si hubiese gobernado un gran reino. A los 32° 20' de longitud Este, forma el Mkalisa la frontera del país Mambwe, formado por llanuras cubiertas de hierba alternadas con vertientes cubiertas de bosques: en la capital, Mulitschutschu, á unos 1,500 metros de altura, residía en 1879 el caudillo Kitimba. Desde aquí se descien- de al fértil Ulungu, situado en los territorios ribereños meridionales del Tanganika.

De las tribus de guerreros y de bandidos que recorren todos estos territorios hablaremos en el siguiente capítulo; ahora nos dirigiremos hacia el Oeste para terminar el presente con el estudio de un grupo de pueblos que, bajo el concepto del territorio y en parte también desde el punto de vista étnico, figura al lado de las tribus del Nyassa y por otra parte constituye el puente que conduce á las poblaciones de los reinos de Muata Jamvo, Kasembe y Kasongo; también tienen íntima conexión con los manganjas, makúas y demás afines por lo que se refiere al hecho de estar oprimidos por las tribus zulús.

En el espacio comprendido entre la orilla occidental del Nyassa y el Bangweolo, desde Lokuschwa hasta la orilla meridional del Tanganika, vive muy desparramado un pueblo llamado de los babisas que ofrece rasgos particularísimos y según Livingstone, «parece como si se hubiese mezclado con sangre bosquimana, de tal suerte que algunos de ellos podrían fácilmente pasar por bosquimanos ó por hotentotes. Las mujeres llevan descubierta la parte superior de su espalda, de la cual pende una tela de corteza muy

rígida. Sus dientes están limados formando punta y su cabellera está reunida dentro de una redcilla que les cae sobre el occipucio. Con el polvo de una madera roja oscura (*molombwa*), que se produce con abundancia, se espolvorean el cabello ó el traje de corteza. Un tatuaje especial hecho en la frente y en la barba (que por desgracia no nos ha sido descrito detalladamente) caracteriza á todos los babisas. En cambio no llevan ningún disco en los labios. Este mismo explorador dice que en muchos puntos se distinguen estos individuos por su astucia, egoísmo y suspicacia. A las preguntas más usuales contestan siempre con mentiras, puiden-

do casi afirmarse que estos defectos son hijos en parte de las circunstancias poco favorables en que viven los babisas. El territorio de su residencia forma parte de las comarcas recorridas por los masitus, lo cual hace que las más de las veces se encuentren en la más extremada miseria y bajo una opresión ominosa. En los territorios expuestos á estas contingencias cultivan, en grandes espacios que ofrecen las selvas, pequeños terrenos de forma redonda; pero allí donde pueden extender sus campos, al llegar la cosecha quitan los techos de sus chozas y forman con ellos cabañas de recolección ó graneros. Cuando Livingstone, en su última



Wainwright (un yao) junto al ataúd de Livingstone. - (De una fotografía)

jornada (1873), llegó á la aldea de Ischitambo, en donde le sorprendió la muerte á la mitad de su empresa, la encontró poco menos que abandonada por completo: la cosecha estaba en sazón y los habitantes, según antigua costumbre, habían construído en sus campos pequeñas y ligeras chozas, desde las cuales vigilaban los productos. Los que más miserablemente viven son los babisas súbditos de los babempas, los cuales no pueden cultivar en cantidad suficiente ni siquiera el *maere* (especie de mijo de mala calidad) y en su consecuencia se alimentan de toda clase de frutas silvestres, de raíces, de hojas y de setas. La ganadería tiene entre los babisas escasa importancia, siendo los caudillos los únicos que al parecer poseen algunos rebaños de bueyes, ovejas y cabras. Las cabañas de los caudillos se distinguen de las demás por sus mayores dimensiones. Las grandes aldeas están rodeadas de empalizadas y en algunos casos de fosos secos. Respecto de las artes ú oficios que ejercen los babisas, sólo sabemos que se confeccionan los trajes con corteza de árboles ó con fibras de éstos y que fabrican esteras con los tallos del *raphia*. Su actividad mercantil parece haber quedado reducida, desde que los masitus los acorralaron, á una participación en el comercio de esclavos que los árabes ó los suahelis hacen entre estas comarcas y Bagamoyo. Como costumbre digna de ser notada, debemos hacer mención del saludo que consiste en que el que está sentado inclina las espaldas hacia atrás, haciéndolas tocar casi al suelo y acompañando este movimiento con palmadas y cas-

tañeteos de lengua. Los caudillos, que por lo demás ejercen escasa autoridad, se rodean de mujeres, provistas de dentales y con el rostro untado, que ejecutan una danza imitando la voz de los hombres. En las grandes solemnidades los varones se presentan sin fusiles y armados únicamente con arco, flechas y lanza.

Teniendo en cuenta la defensa que les proporciona la región pantanosa que se extiende alrededor del Bangweolo y del Moero, los llamados babisas de los pantanos que en ella habitan, pueden ser considerados como un pueblo mestizo compuesto de fugitivos de todas las procedencias, opinión que está confirmada por los hechos. Su extraño modo de vivir imprime en ellos el sello de cierta comunidad externa. La leyenda dice que este pueblo tiene su origen en el Oeste y añade que huyendo de su antigua residencia emigró á la que actualmente tiene. Livingstone preguntó, en la isla de Matipa, á un anciano del pueblo babisa si existían trazados en las rocas algunos signos, á lo cual le contestó aquél: «Hace mucho tiempo que Lukerenga vino del Oeste hasta el río Lualaba acompañado de un perro pequeño. Deseando atravesar la corriente, echó á ésta su estera que los llevó á la otra orilla. Aquí hay rocas en donde aparecen huellas de él, de su perro y de un palo que cortó con su dextral.»

Los babisas tienen establecidas sus residencias en los puntos más elevados de la región pantanosa que en su mayor parte están aislados por las aguas y por los pantanos.